

Apariciones de la Virgen de GUADALUPE



500
AÑOS
1531-2031

Apariciones de la Virgen de Guadalupe

Personajes:

Narrador
Virgen de Guadalupe
Juan Diego
Obispo Zumárraga
Juan Bernardino
Fraile 1
Fraile 2

PRIMERA APARICION

Narrador: Diez años después de tomada la ciudad de Mexico se suspendio la guerra y hubo una paz entre los pueblos. Así es como empezó a brotar la fe y el conocimiento del verdadero Dios por quien se vive. En el año 1531, a pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un pobre indio de nombre Juan Diego según se dice, natural de Cuautitlán. Era sábado muy de madrugada, y venia en pos del culto Divino y de sus mandos. Al llegar junto al cerrillo llamado Tepeyac, amanecía y oyó cantar a varios pájaros preciosos arriba del cerrillo

Juan Diego: ¿Por ventura soy digno de lo que oigo, quizás sueño, me levanto de dormir, dónde estoy? ¿Acaso es el paraíso terrenal que dejaron dicho los viejos, nuestros mayores? ¿Acaso ya en el cielo?

Virgen: Juanito, Juan Dieguito, Juanito el más pequeño de mis hijos. ¿A dónde vas?

Juan Diego: Señora y Niña mía, tengo que llegar a tu casa de México Tlatelólco, a seguir las cosas divinas que nos dan y enseñan nuestros sacerdotes, delegados de nuestro Señor.

Virgen: Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos que yo soy la siempre Virgen Santa María, madre del verdadero Dios por quien se vive. El creador cabe en quien está todo, Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo para demostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre. A ti, a todos vosotros juntos, los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mi confíen, oiré ahí sus lamentos y remediare todas sus miserias, penas y dolores y para realizar lo que mi clemencia pretende ve a ver al palacio del obispo de México y le dirás como yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo que aquí en el llano me edifique un templo. Le contarás puntualmente cuanto has visto y admirado y lo que has oído. Ten por seguro que lo agradeceré bien y lo pagaré porque te haré feliz y merecerás mucho que yo recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Mira que ya has oído mi mandato hijo mío, el más pequeño. Anda, ve y pon todo tu esfuerzo.

Juan Diego: Señora mía, ya voy a cumplir tu mandado, por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo.

Narrador: Juan Diego baja del cerrillo del Tepeyac con direccion a Mexico Tlatelolco a llevar el mensaje que la Virgen le habia dicho, para el Señor Obispo.

(Entra Juan Diego a ver al obispo)

Juan Diego: Tata Obispo, Tata Obispo. Déjeme usted contar lo que vi esta mañana en el cerro del Tepeyac. Cantaron los cochordotes, cantaron los pichiliscanes, cantaron todas las aves y el águila que habla cayo. Brillaban como esmeraldas las espinas de los nopales y las rocas de la montaña el oro y la plata superaban. Yo estaba en el alto cielo y vi a la Madre de Dios. La vi vestida de sol con la luna bajo sus pies y con un vestido color rosa y verde, y la llevaba un querubín. Su manto cielo estrellado, monte florido era su vestido. Su pelo era negro y tenia la cara morena de bronce como el Anáhuac. Te lo juro que yo la vi en el Tepeyac. La Madre de Dios pide su casita en ese lugar, Tata

Obispo: Otra vez vendrás hijo mío, y te oiré más despacio. Lo veré muy desde el principio y pensaré en la voluntad y deseo con que has venido.

SEGUNDA APARICION

Narrador: Juan Diego sale un poco decepcionado hacia el cerrillo del Tepeyac para llevarle a la Señora del Cielo la pobre contestación que el señor Obispo Juan de Zumarraga le habia dado. No obstante, regresa a la cumbre del cerrito y encuentra a la Señora que le estaba aguardando alli mismo, donde la vio por primera vez. Al verla se postro delante de Ella y le dijo:

Juan Diego: Señora, la más pequeña de mis hijas, Niña mía, fui a donde me enviaste a cumplir tu mandado, aunque con dificultad entré a donde es el asiento del prelado. Le vi y expuse tu mensaje, así como me advertiste. Me recibió benignamente y me oyó con atención, pero en cuanto me respondió pareció que no la tuvo por cierto. Me dijo: “Otra vez vendrás y te oiré más despacio. Vere muy desde el principio el deseo y voluntad con que has venido.” Comprendí perfectamente en la manera como me respondió que piense que quizá es invención mía que tu quieres que te hagan un templo y acaso no es orden tuya por lo cual te ruego encarecidamente Señora y Niña mía que alguno de los principales, conocido, respetado y estimado le encargues que lleve tu mensaje, para que le crean porque yo soy un hombrecillo, soy un cordel, soy una escalerilla de tablas, soy cola, soy hoja, soy gente menuda y tú Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, me envías a un lugar por donde no ando, y donde no paro. Perdona que te cause gran pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y dueña mía.

Virgen: Oye, hijo mío, el más pequeño, ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad, pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes y que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego hijo mío, el más pequeño, y con rigor te mando que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Dale parte mi nombre y hazle saber por entero mi voluntad que tiene que poner por obra el templo que le pido, y otra vez dile que yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía.

Juan Diego: Señora y Niña Mía, no te cause yo aflicción. De muy buena gana iré a cumplir tu mandado. De ninguna manera dejaré de hacerlo ni tengo por penoso el camino. Iré a hacer tu voluntad, pero a caso no seré oído con agrado o si fuera oído quizá no se me crea. Mañana en la tarde, cuando se ponga el sol, vendré a dar razón de tu mensaje con lo que responda el prelado. Ya de ti me despido hija mía, la más pequeña, mi Niña y Señora, descansen entre tanto.

(Salen de escena y entra Juan Diego, el obispo, y dos frailes)

Juan Diego: Tata obispo, ojalá creas mi mensaje y hagas la voluntad de la Inmaculada. Ella quiere y te pide una casita en el Tepeyac.

Obispo: ¿Dónde la viste? ¿Cómo era? Entiende Juan Diego que no solamente por tu plática y por el empeño que pones en tu misión te voy a creer. Es muy necesaria una señal para que pueda creerte que te envía la misma Señora del Cielo.

Juan Diego: ¿Señor, mire cual ha de ser la señal que pides? Que luego iré a pedírsela a la Señora del Cielo que me envía acá.

Obispo: Anda Juan Diego, anda vete, pide a la Señora una prueba de lo que pide es voluntad del cielo.

(Sale Juan Diego)

Obispo: A ver vosotros, venid aquí, ir siguiéndole y vigilar mucho a donde va y a quien ve y habla.

Fraile 1: Así será.

(Salen los frailes)

(Regresan los frailes)

Fraile 1: Señor Obispo, hemos seguido a Juan Diego y tan pronto salimos de la ciudad se nos desapareció. Fue como si se hubiera esfumado.

Obispo: Sólo nos queda esperar a que esa bella Señora que dice ver, nos dé pruebas de ser la verdadera Madre de Dios.

TERCERA APARICION

(Juan Diego habla con la Virgen de Guadalupe)

Juan Diego: No me cree el tata obispo, Señora y Niña mía. No me quiere creer. Pide él una señal. Me da mucha pena, pero he venido a pedírtela. No es para mí, pues yo sí te creo.

Virgen: Bien está hijo mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido. Con eso te creará, y acerca de esto ya no dudará, ni de ti sospechará y sábeta, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mi te has tomado. Anda que mañana aquí te guardo.

(TERMINA LA ESCENA DE LA APARICION Y APARECE JUAN BERNARDINO)

Juan Bernardino: Juan Diego, Juan Diego, deja ya de preocuparte. No vale la pena. Cuando uno es viejo la muerte es esperada. Mi miedo tiene un consuelo. He conocido la luz del verdadero sol. Ya no llames más a los médicos del cuerpo. Mi vida está en las manos de aquel por quien se vive. Llama al médico del alma, al sacerdote.

Juan Diego: Hoy es un día triste. Tú, mi tío, mi último lazo con mi sangre, te quieres marchar y dejarme sólo. Y yo no he podido ir a cumplir el mandado de la Señora del Tepeyac. Estará triste. Pensará que le he fallado. Señora y Niña mía, tan pronto cumpla mi obligación de pariente con este tío mío, el último que me queda, seré todo tuyo, todo mi tiempo y toda mi vida serán para ti.

Juan Bernardino: Te ruego Juan Diego, que salgas y vayas a Tlaltelólcó a llamar al sacerdote que venga a confesarme y a disponerme, porque estoy muy cierto de que es tiempo de morir, de que ya no me levantaré ni sanaré.

Juan Diego: Si, tío Bernardino, iré inmediatamente, sin distraerme ni detenerme.

CUARTA APARICION

Juan Diego: Si me voy derecho, no sea que me vaya a ver la Señora. Si en todo caso me detenga para que lleve la señal al obispo según me previno. Que nuestra aflicción nos deje y primero llame yo de prisa al sacerdote. El pobre de mi tío ha de estar ciertamente aguardando. Daré vuelta al cerro pa' que no me detenga la Señora del Cielo.

Virgen: ¿Que hay hijo mío, el más pequeño, a dónde vas?

Juan Diego: Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás bien de salud, Señora y Niña mía? Voy a causarte aflicción. Sabe Niña mía que está muy malo el pobre siervo tuyo, mi tío. Le ha dado la peste y está para morir. Ahora voy presuroso a tu casa de México a llamar a uno de los sacerdotes amados de Nuestro Señor que vaya a confesarlo y a disponerlo; porque desde que nacimos le dimos a guardar el trabajo de nuestra muerte, pero si voy a hacerlo volveré luego otra vez aquí para ir a llevar tu mensaje. Señora y Niña mía, perdóname. Tenme por ahora paciencia. No te engañe hija mía, la más pequeña. Mañana vendré a toda prisa.

Virgen: Oye y ten entendido hijo mío, el más pequeño, que es nada lo que te asuste y aflige. No se turbe tu corazón. No temas esa enfermedad ni alguna otra enfermedad y angustia. ¿No estoy yo aquí que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy yo tu salud? ¿No estás por ventura en mi regazo? ¿Qué más has de menester? No te apene ni te inquiete otra cosa. No te aflija la enfermedad de tu tío que no morirá ahora de ella. Está seguro de que ya sanó.

Juan Diego: Despáchame a ver al obispo. Le llevaré tu señal y prueba para que me crea.

Virgen: Hijo mío, el más pequeño, sube a la cumbre del cerrillo, allí donde me viste y te di órdenes. Hallarás que hay diferentes flores, córtalas, júntalas, recógelas. En seguida baja y traélas a mi presencia.

(VA Y RECOGE LAS FLORES)

Virgen: Hijo mío, el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vean en ella mi voluntad y que él tiene que cumplirla. Tú eres mi embajador, muy digno de confianza. Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo. Dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo a cortar flores y todo lo que viste y admiraste para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido.

(TERMINA LA APARICION DE JUAN DIEGO Y SALE AHORA JUAN BERNARDINO)

Virgen: Juan Bernardino, ve a ver al obispo de México y revélale lo que ves y de que manera milagrosa has sanado. Dale mi nombre, dile como ha de nombrarse mi bendita imagen, dile que soy la siempre **Virgen Santa María de Guadalupe**.

JUAN DIEGO LE DA LA SEÑAL AL OBISPO

(DIALOGO CON EL OBISPO)

Juan Diego: Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi ama, la Señora del Cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios, que pedías una señal pa' poder creer que la has de hacer el templo donde ella te pide que lo erijas y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba de su voluntad. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba pa' que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte. Le pedí la señal pa' que me creyeras según me había dicho que me la daría y al punto lo cumplió. Me despachó a la cumbre del cerrillo donde yo antes la viera pa' que fuese a cortar varias rosas de castilla.

Después me fui a cortarlas, las traje abajo, las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo, pa' que te las trajera y aquí en persona te las diera, aunque yo sabía bien que en la cumbre del cerrillo no es lugar donde se den flores. Sólo hay muchos riscos, arrosos, espinas, nopales y mezquites, no por eso dudé. Cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo miré que estaba en el paraíso donde había juntas todas las bellas y exquisitas rosas de castilla, brillantes de rocío y luego fui a cortarlas. Ella me dijo porque te las había de entregar y así lo hago para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad y también para que aparezca la verdad y mi palabra y de mi mensaje.

Helas aquí, recíbelas.



SECRETARÍA PARA
LA EVANGELIZACIÓN
Y EL DISCIPULADO
Arquidiócesis de Boston

Producido por el
Ministerio Multicultural
Arquidiócesis de Boston



EVANGELIZE
evangelizeboston.com